



Marta Nieto

RICARDO BERNARDI¹ Y BEATRIZ DE LEÓN²

Marta Nieto jugó un papel fundamental en la historia de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU) y supo ser valorada y querida por todos quienes la conocieron. Fue Miembro de Honor, Presidente de APU en dos ocasiones, Directora de Enseñanza e infatigable analista de formación, supervisora y docente de seminarios. Desempeñó múltiples funciones dentro de la institución, pero enumerarlas no daría sino una pálida imagen de lo que fue su contribución al psicoanálisis en nuestro país y de la significación de sus ideas para nuestra disciplina. Por eso preferimos apelar a la memoria y a la emoción, dejando que fluyan recuerdos cuya fuerza testimonial confiamos refleje algo de lo que Marta fue entre nosotros.

El primero de estos recuerdos no es de ninguno de los dos autores de esta nota, sino de la propia Marta. Como es sabido, en la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA, por sus siglas en inglés) se reconocen tres modelos de formación psicoanalítica. El primero de ellos, llamado modelo de Eitingon, fue desarrollado en el Instituto de Berlín hace ya casi un siglo, y estableció los tres pilares clásicos de la formación psicoanalítica (análisis personal, supervisión y seminarios). El llamado modelo francés introdujo algunas modificaciones al anterior. El tercer modelo reconocido por la IPA es el uruguayo, que tomó cuerpo en 1974, con el apoyo y la participación unánime en aquel momento de todos los miembros de nuestra institución. Marta Nieto no pertenecía a la primera generación de analistas uruguayos, pues la APU fue fundada en 1955 y Marta ingresó a los seminarios en 1959, pero jugó un papel clave en estos cambios que

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. ric.e.bernardi@gmail.com

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. deleon.bea@gmail.com

se gestaron al comienzo de la década de 1970. El recuerdo que Marta atesoraba era el de las discusiones apasionadas entre todos los miembros de la institución y el trabajo luego en pequeños grupos para dar forma a los cambios. Marta era en ese momento una de las analistas denominada *didacta* por las funciones que desempeñaba de analista de formación, docente y supervisora. Se recordaba a sí misma trabajando codo con codo con candidatos y jóvenes analistas, compartiendo los mismos ideales y el mismo entusiasmo. Rememoraba con placer las interminables reuniones con un pequeño grupo de trabajo que integraban también Marcelo Viñar y José L. Brum, entre otros, frente a un pizarrón lleno de esquemas y organigramas que buscaban recoger las aspiraciones de toda nuestra institución. Es preciso recordar que el modelo uruguayo, que es el vigente hoy día, tomó cuerpo en los años en que se instauraba en nuestro país una amarga dictadura y desaparecía la autonomía universitaria. Es, cabe agregar, como si algo del funcionamiento democrático del país y de la universidad hubiera podido unirse a lo mejor de los ideales psicoanalíticos y cuajar en la reforma de la enseñanza psicoanalítica. El entusiasmo y la lucidez de Marta jugaron un papel muy significativo en este proceso colectivo. Es mejor decir entusiasmo con lucidez, pues Marta no idealizaba y sabía perfectamente que dar un peso decisivo al funcionamiento grupal abría las puertas a lo mejor y a lo peor de las pasiones humanas. Sin embargo, ella siempre confió que al fin iba a prevalecer lo mejor, y no solo a nivel humano, sino también epistemológico. En un trabajo publicado en 1965 dedicado al problema del conocimiento psicoanalítico —de la observación clínica, de la formulación de hipótesis y de su contrastación— había señalando la posibilidad de que las discusiones colectivas de los trabajos psicoanalíticos pudieran servir como parte del proceso de verificación de las hipótesis y los conocimientos psicoanalíticos. Estas ideas anticipaban en muchas décadas las inquietudes actuales sobre el proceso de validación por pares de nuestros conocimientos.

El segundo recuerdo pertenece a uno de nosotros (R. B.). A poco de comenzar mis seminarios, tuvo lugar un Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis en Buenos Aires (1976), al cual concurrí lleno de curiosidad e interrogantes. Uno de sus paneles, en el que participaban figuras muy prestigiosas, versaba sobre el tema del pluralismo en psicoanálisis y, más

específicamente, sobre la integración y la diversificación de los esquemas referenciales. Por esa época yo acababa de descubrir la obra de Thomas Kuhn, que ponía el acento en estudiar cómo la ciencia funcionaba realmente y no en decir normativamente cómo debía funcionar. La sala del panel estaba colmada, y me recuerdo de pie en el fondo. Atendí con relativo interés a los primeros panelistas, que explicaron los fundamentos desde los cuales podían ser analizadas la integración y diferenciación entre teorías, cuando le tocó el turno de presentar su ponencia a Marta Nieto. Recuerdo la sorpresa que me provocaron sus palabras. Dijo «voy a relatar una sencilla indagación que estoy haciendo en mi propia práctica analítica». (Después le oí decir muchas veces que eso era para ella investigación: el relato de una observación que la sorprendía, especialmente cuando le mostraba que las cosas no eran como ella pensaba). Continuó diciendo que hacía esa indagación «para saber qué está pasando con los referentes teóricos de la misma, especialmente en vista de la confluencia en mí de diversas escuelas de pensamiento psicoanalítico». Y con gran sencillez contó lo que había constatado en ella a través de su práctica. Encontró teorías que no usaba por un conocimiento no suficiente o empobrecido de las mismas, siempre brindándonos ejemplos. Encontró también teorías que fueron sustituidas por otras o que habían caído en desuso por ser parte de las anteriores. En el otro extremo, había teorías que usaba cada vez con mayor frecuencia, y dio ejemplos de las mismas. No pretendió dar explicaciones generales ni extraer conclusiones normativas. Señaló, en cambio, los nuevos interrogantes que surgían de esta descripción de los hechos. Mostró las dificultades que planteaba la confluencia de teorías diferentes (por ejemplo, Freud, Lacan, Klein) y se preguntó si habría teorías más útiles para determinados analizandos, pregunta unida a la del porqué de la preferencia por parte de un analista de ciertas teorías respecto a otras. Abrió el interrogante de hasta dónde esta predilección guardaba relación con el valor instrumental de estas teorías para trabajar con el paciente (esta era otra constante de su pensamiento: ver las teorías como instrumentos útiles, en la medida que lo fueran).

Marta, que tenía una muy sólida formación en la escuela inglesa, y en especial kleiniana, fue también de las primeras en interesarse en el psicoanálisis francés y en determinados aspectos del pensamiento lacaniano, lo

cual se unía al interés que había expresado en sus trabajos por el papel de las palabras en el análisis. Pero al igual que W. Baranger en Buenos Aires en esa misma época, no eran las teorías las que guiaban a Marta, sino ella la que tomaba de las teorías aquellos aspectos que encontraba valiosos para su práctica. Por eso, al relatar su experiencia en el panel, Marta nos mostró algo que yo espero no olvidar nunca: que la investigación psicoanalítica no consiste en buscar hechos que confirmen nuestras explicaciones, sino en dejar hablar en los hechos para que pongan en cuestión nuestros modelos y nos conduzcan a preguntas progresivamente más profundas.

El conocer a Marta Nieto durante el período de mi formación como psicoanalista, dejó huellas en mí (B. de L.) que dieron una base a mi práctica y al desarrollo de mis ideas a lo largo de mi vida profesional. Recibí de ella, antes que nada, una actitud frente al conocimiento psicoanalítico. Siendo mi supervisora curricular, muchas veces le oí decir la necesidad de sostener una actitud interna de curiosidad e investigación ante los desafíos de la práctica, y sostener la posibilidad de sorprendernos ante el descubrimiento de nuevas facetas de la misma, sin dejar de lado la reflexión sobre los instrumentos del método psicoanalítico. No obstante, quizás el aspecto más valioso de su enseñanza era el de promover la libertad para pensar sobre los distintos problemas clínicos que se me planteaban y las diferentes teorías psicoanalíticas, con una actitud crítica. Muchas veces le oí decir «las teorías son solamente herramientas útiles», pero «solo herramientas», y la práctica siempre plantea zonas de desconocimiento a indagar.

La jerarquía dada por Marta a la clínica se hizo patente cuando participé en un grupo de investigación sobre materiales clínicos, experiencia realizada en la década de los ochenta, publicada recién en 1996. En este grupo, integrado por algunos candidatos pero también por analistas ya formados, se leían en conjunto materiales clínicos buscando en primer lugar atender a los aspectos del material que se habían resaltado en la escucha de los distintos analistas del grupo. Se buscaba «escuchar» sin presupuestos teóricos. Como Marta solía decir, las teorías se hacen presentes sin que uno las llame, por eso proponía comenzar por «espantarlas como si fueran moscas molestas». Solo entonces podíamos percibir mejor las «líneas de fuerza» que emergían del material mismo y las «fantasías-teoría» que ese material sugería en el analista. Sin duda, en aquel momento desarticular

teoría y experiencia, y procurar escuchar «sin teoría» provocaba muchas veces rechazo y discusiones, lo que no amedrentaba a Marta. En una segunda instancia, en ese grupo se buscaba comprender el mismo material desde distintas perspectivas teóricas, lo que posteriormente se denominó *psicoanálisis comparativo* en otros países.

Este enfoque no solo me impulsó a reflexionar desde los inicios de mi formación sobre las características de la escucha psicoanalítica, el uso de la teoría en la práctica y la participación del analista en el encuentro con el paciente, sino también me exigió hacer el ejercicio de discriminar los aspectos específicos de cada teoría, viendo hasta qué punto realmente los había incorporado de una forma que enriquecían mi comprensión del material. Solo con el paso de los años pude calibrar la riqueza de este enfoque. En algún aspecto resultó un antecedente valioso de desarrollos posteriores de psicoanalistas del ámbito local e internacional que diferenciaron distintos usos de la teoría psicoanalítica: ya se trate de su uso implícito en la práctica o el uso de la teoría psicoanalítica en el ámbito de la discusión de ideas entre colegas. En ese grupo se consideraban las limitaciones de cada enfoque de manera crítica. Esta actitud llevaba a Marta a hacer una revisión valiente y cuestionadora de aciertos y errores en su práctica pasada. El diálogo con ella, ya sea en la supervisión o en distintos grupos de estudio en los que participé, me ayudó a intuir y posteriormente reflexionar sobre la influencia en la formación psicoanalítica de experiencias que eran en alguna medida transgeneracionales. Me impulsó posteriormente a estudiar la trayectoria de la APU desde una perspectiva histórica. Por ejemplo, sus referencias al papel que en el grupo de los fundadores tuvieron las personalidades y contribuciones de Madeleine y Willy Baranger, y la forma en que sus actitudes e ideas se integraban en sus consideraciones sobre la experiencia clínica y las concepciones teóricas.

Su actitud de permanente respeto frente a sus pares y la aceptación de puntos de vista diferentes al suyo siempre fue una enseñanza que contribuyó al desarrollo de nuestra institución y que hace aun más sentida su pérdida. Creemos que al decir esto estamos hablando por todos quienes la trataron y apreciaron. ♦